

ha dicho someten el triunfo de su causa á la razon de la fuerza y ambos combaten con valor, si gloria recoge el vencedor no hay humillacion en su desgracia para el vencido: lo exhumamos para, comparando fechas, hacerlo valer en pro de la actual generacion, para contestar á los que uno y otro dia la acusan, cual si fuera un crimen, que se sale de su asiento; como si con nuestros caminos de hierro, con nuestros telégrafos, con todos nuestros progresos pudiéramos hacer el tránsito de esta vida sobre la carcomida silla en que descansaban nuestros abuelos. ¿Cuándo se presenciara hoy, sin levantar á lo menos un unánime grito de reprobacion, de que dos pueblos de una misma provincia apelasen á esos bárbaros juicios que inicualemente llamaban de Dios para decidir la razon? ¿Cuándo se consentiria que se desafiaran por conducto de sus alcaldes? La España antigua, la España de nuestro asiento, vivia en la anarquía, porque dividida por el genio del mal en tantos partidos como pueblos, mirábanse como naturales enemigos, y desórdenes de esta naturaleza, que cada dia se sucedian, engendraban nuevos y feroces odios, cuando hoy hasta hemos acabado con ese espíritu de provincialismo, que, aunque de carácter mas pacífico, vivia ayer entre nosotros, no dudando que muy pronto, refrescado el sentimiento de hermandad por el rocío de la civilizacion, reunirá á todos los hombres en una familia de hermanos para dicha de la humanidad.

JUAN YANQUES IRACHETA.

NUEVA HOLANDA.—DESCRIPCION DE SIDNEY.

Hállanse paises enteramente salvajes; haylos tambien en que la civilizacion ya vencedora ó vencida, hace dudar al entendimiento acerca del resultado de la querella entablada por el tiempo.

No sucede lo mismo en Sidney-Cow, capital del condado de Cumberland: el hombre, sin mas instinto que el concedido á los brutos, se roza con el culto habitante de las ciudades y cada cual obra y piensa como quiere.

¿Será esto igualmente bueno para unos y para otros? discurre que no, y si en todas ocasiones mereció alabanza y respeto el santo celo de los misioneros, es indudablemente cuando á costa de fatigas inauditas procuran arrancar á criaturas infelices del embrutecimiento y miseria en que se hallan sumidos, arrastran 'o en el seno de los bosques una independencia feroz, en cuya comparacion serian mejores los hierros de la prision mas dura.

Diremostambien antes de pasar adelante, que seria justo y moral, ya que no se impusieran castigos, prohibir la entrada en la ciudad á los naturales que se presentasen sin vestidos, pues no hay duda que es un espectáculo asqueroso el ver tantos hombres y mujeres absolutamente desnudos en medio de una poblacion, acostumbrada á tal desaliño, pero al cual no se habituan de seguro las jóvenes europeas, sin un profundo sentimiento de desagrado. Puesto que el hambre obliga á salir de los desiertos á tan feroces hordas, procure al menos la mano que les alimenta imponerles tambien deberes de gratitud.

Le bastaria al gobernador de la colonia pronunciar una sola palabra para obtener este resultado moral, de que al parecer tan poco se cuida. A ningun salvaje negaria cual-

quier habitante de Sidney un pedazo de tela para cubrirse, y además todos aquellos seres podrian adquirir facilmente una piel de kangaroo, cuyo uso debia prescribirseles con severidad.

Bien conozco que para los indígenas de Nueva-Holanda, entes degradados á quienes aun parece mezquina la inmensidad del desierto, es un estorbo de consideracion el uso de vestidos. No son capaces de levantar un muro para guarecerse de la intemperie, ni un asilo para librarse de las bestias feroces y de las serpientes, hospitalarios moradores de sus bosques; necesitan solo barracas capaces de contener su desenfrenada vagancia; por esta razon pudiera concederse campo libre á sus instintos fuera de la ciudad, pero absoluta prohibicion de entrar en ella sin otro arreo que la macana y saetas.

Mr. Arago quiso vestir un dia al jefe de una horda de tan desdichada gente, le puso una camisa vieja, unos pantalones y levita. Condescendió murmurando el feroz salvaje con tan benéficas intenciones, y sus camaradas no hubo género de locuras, cantos y saltos que no diesen al ver estrechado así el cuerpo de un hombre que jamás se habia probado vestido alguno; y sin embargo, mas reconocido de lo que podia esperarse, volvió á los cuatro dias con la ropa hecha giras á ofrecer á su bienhechor con mucha ceremonia la cabeza de un enemigo á quien habia dado muerte en su última escursión. Escusado es decir, que rechazada por el ilustre viajero aquella sangrienta y asquerosa ofrenda, se le tuvo por los bárbaros en el concepto de un ingrato y ridiculo incapaz de corresponder á los obsequios de personas bien educadas.

Parte de la ciudad de Sidney se halla situada en la llanura y parte en el suave declive de una colina que domina la orilla Sur del rio, de manera que forma un anfiteatro de aspecto encantador. Los principales edificios se delinean con buen gusto, originalidad y grandeza sobre las antiguas cabañas de madera, que desaparecen poco á poco reemplazadas por casas elegantes y sólidas de piedra labrada, decoradas con lindas esculturas y balcones ligeros, notables por su bella construccion. Parece haberse copiado las habitaciones de los jardines reales ingleses, hasta el punto de que bien pueden los *fashionables* de Londres hacerse la ilusion de que solo se hallan algunas millas apartados de su ciudad natal.

A la izquierda se levanta imponente y dominador el palacio del gobierno, muy bien dispuesto, con anchas ventanas por las cuales circula el aire con libertad, y adornado en sus dos alas por una vegetacion robusta que le presta un aire alegre y juvenil. Su grandioso patio y peristilo, sirven de adorno y comodidad al mismo tiempo. Detrás de aquella magnífica residencia, cuyos aposentos se hallan ricamente decorados, se estiende un deliciosísimo jardin, en el cual florecen las mas estimadas producciones de ambos hemisferios. A continuacion hay otro á la inglesa, donde á través de los arbustos se recrean hermosos cisnes de color negro, sin iguales en el mundo por su elegante y lindo aspecto: allí tambien apoyado el kangaroo sobre su cola y sus dos largas patas posteriores, hace de una y otras sólido apoyo para salvar de un brinco los setos de hojaranzos, llamando á si con grito quejumbroso á sus débiles pequeñuelos, que corren á buscar abrigo en su bolsa protectora. Pasados infinidad de bosquecillos de los que se exhalan los mas agradables perfumes y en donde brillan en generosa competencia las flores mas preciadas de los climas favorecidos por la naturaleza, ofrécese á la vista un

magnífico barrio construido de piedra y ladrillos, ostentando su estensa línea de bien ordenadas ventanas, mientras al lado, por efecto de la perspectiva, admira el observador una inmensa serie de columnas bajo las cuales se pasean los enfermos, pues aquel edificio es un hospital magnífico, en cuya construcción se pusieron los mas solícitos y generosos cuidados.

Volviendo la vista hacia la izquierda y atravesando un gran espacio que ocupan habitaciones encantadoras, sembradas, por decirlo así, en medio de risueños bosquetes, se advierte un edificio fabricado de ladrillo, algun tanto circular, que sirve de cuadra y si fuera necesario podría fortificarse para defender la ciudad. Siguiendo desde allí hasta la entrada del puerto debe contemplarse el alto faro, de elegante, sólida y noble construcción, que indica el rumbo con sus fuegos y eclipses regulares, para que no se le con-

funda con las hogueras que encienden los salvajes que han establecido sus reales en las montañas vecinas.

En el embarcadero se presenta el templo, cuadrado y sin adornos, grave y severo, cual conviene á su destino, y mas acá se levantan ricos almacenes con destino á depósito de mercancías, mientras al lado opuesto señorea las transparentes aguas el sólido muelle, junto á cuyas anchas losas pueden carenar toda clase de buques sin el menor peligro. Otros muchos edificios públicos y particulares pueblan aquel soberbio paisaje, pareciendo imposible que una ciudad tan bella y floreciente sea obra de hace pocos años.

Las calles del Cuartel Nuevo, son anchas y rectas, pero mal empedradas, por lo cual es desagradable transitar por ellas en tiempo de lluvia. En cuanto al Cuartel Viejo, construido en el rápido descenso de una costanera, ¡tan solo á



Vista de Sidney.

pié puede transitarse por los senderos que hay alrededor de las casas, siendo fácil de prever que dentro de poco quedará destruido.

Admira seguramente el lujo que se advierte en el barrio habitado por la gente principal. Atraviesan las calles ligeros tilburis y suntuosos carruajes, caballos y trenes de caza á la que convidan al viajero con la cordialidad mas franca, los banqueros, negociantes y propietarios, que rivalizan en atenciones, á fin de que la estancia en su patria sea una fiesta continuada para los aportados á ella.

Los alrededores de Sidney nada tienen de risueños por mas que se hallen bien cultivados. Sin embargo, llaman la atención algunas casas de campo edificadas con elegancia y embellecidas con jardines poblados de ricos árboles europeos. El roble y el alberchigo son los vegetales de nuestros climas que mejor han prevalecido. Los demás árboles

que sombrean aquel suelo son la higuera, el peral, el manzano y el naranjo, todos de utilidad notoria contra el hambre ó la escasez.

El observador que á la puesta del sol mire la campiña colocado en lo alto de un edificio podrá disfrutar de un espectáculo original y pintoresco. Del centro de los profundos bosques se lanzan inmensas columnas de humo y fuego iluminando el horizonte. Son los nuevos plantadores que despues de haber circunscrito con el hacha el terreno que les conviene entregar al cultivo, incendian los antiguos árboles y malezas: llegado el fuego al limite que no puede pasar se detiene y estingue fecundando con sus cenizas las tierras desbrozadas, para convertir en amenas campiñas las selvas habitadas hace poco por tribus de antropófagos.

Ch.

EL HURACAN.

FRAGMENTO DE UN VIAJE AL MAR DEL SUR.

Enmudece de pronto la brisa y con ella tambien el mar, cual si la mano del Eterno gravitara sobre las aguas. Hasta el barómetro cesa de regir. ¿Qué sucede, pues, á nuestro alrededor? El brillante azul de cielo permanece sin mancha, las sombras siempre agradables en su risueño misterio.

Mas he allí de improviso que de la costa se alzan ardientes ráfagas de humo agitadas por una fuerza invisible: inmensas agrupaciones de nubes se mecen sobre las elevadas cumbres, se desgarran en las asperezas de las rocas

graníticas, retroceden dispersas, dóciles al impulso que reciben, y huyen algunos momentos despues perdiéndose en el horizonte al cual circundan con sus vapores tenebrosos. No de otra suerte la innumerable caballería de Murad-Bey se arrojaba en las Pirámides contra los cuadros de la infantería francesa, recorriendo deshecha la longitud de las filas para desaparecer despues en los confines del Alto Egipto.

Ocúltase la tierra; el mar en vez de agitarse se hincha con majestad, amenaza, elévase cual una montaña levantando en su cima á la corbeta, déjala caer con todo su peso y tuérecese el áncora en el fondo de las aguas. Aterrador y solemne fué este primer amago de la naturaleza: terrible cuanto pasó ante nosotros: suspendiéronse los preparativos para fondear; todos nos hallábamnos en el puente mirando con ánsia la tierra, que desapareció á poco tomando



Huracan en el cabo de Hornos.

un tinte cobrizo, sin que nada nos indicase aun que iba el huracan á desencadenarse.

—¡El buque perece!... ¡Estamos sobre un fondo de rocas! grita la voz del maestre con la vista fija en el plomo de la sonda que acaba de arrojar.—Cortar el cable.—Así se hizo y dió principio la confusion, el caos. Un minuto, un solo instante de incertidumbre hubiera causado nuestra ruina; un momento de retardo y hubiéramos caído estrellados y hechos trizas contra los terribles peñascos que nos cercaban.

A favor de una maniobra hábil y por una dicha inaudita, logramos, sin embargo, salir del escollo titulado del *Buen-Suceso*, que poco faltó le tuviese tan malo para nosotros.

Entonces el huracan se desató con furia principiando su obra destructora: allí dió comienzo la mas empeñada lucha que jamás haya tenido que sostener buque alguno. Acabá-

bamos de perder el ancla sin esperanza de recobrarla, de manera que solo nos quedó el recurso de huir á merced de la ráfaga embravecida.

Agitábase el mar segun los caprichos del viento, el cual en un segundo soplabá en todas direcciones: veíanse olas cual espamosas montañas, rápidas y saltadoras como aludes, anchas y profundas á semejanza de inmensos valles, ó un golfo aparte en medio de tantos mares recorridos que estrechando nuestros costados nos arrojaba contra la cima de una oleada lejana, que volvía á recogerlos cubriéndonos de uno á otro extremo para abrumarnos con su peso.

Y en medio de todos aquellos embates y torrentes encontrados rechinaba la corbeta amenazando abrirse; silbaban las cuerdas y rugía el trueno en el espacio. Mas no provenía solo del mugido de las olas, de los estallidos de la tempestad y del ruido de las maniobras que ahogaban la

voz, lo espantoso de aquella escena. ¿Qué hacer cuando los hombres se hallan mas á menudo bajo el agua que sobre ella? ¿A quién obedecer cuando el mando es inútil? Ya no era el Océano, unas veces sombrío como el caos y brillante otras como un incendio, un enemigo contra el que fuera posible resistir; era mas bien un tirano despótico ante el cual no habia mas recurso que someterse. En cada sacudida de su cólera creíamos escuchar el último grito de su amenaza, y cuando despues de habernos visto lanzados en el abismo nos encontrábamos aun en pié, no tardábamos en ver que avanzaba una nueva ola que nos arrebatara cual ligera espuma para lanzarnos contra una oleada opuesta.

Carecíamos de poder y de voluntad, esperando que una postrer sacudida, terminara nuestras angustias ó que las ondas nos sumergieran á su paso. Un marinero fué el único de la tripulacion que se atrevió á encaramarse á las gaviotas é interrogar el horizonte.....—La tierra está cerca de nosotros, exclamó, la veo, y vamos á estrellarnos en ella.

Este anuncio acabó de sobrecogernos.

Cada cual procura examinar á la luz de los relámpagos, si está allí la costa que juzgábamos lejana, para recibir nuestros cadáveres, y con efecto se nos figuró distinguirla al brillo de un rayo. No hay que dudar, la muerte nos hiere en medio del huracan. Se intenta acudir á la maniobra y desplegar alguna vela, pero cae esta pesada como el plomo.... Despidámonos pues de la vida que se aleja, porque ved una linea blanca ante nosotros, hacia la cual corremos sin poder evitarlo.

Una inmensa oleada nos coge por la quilla y nos hace atravesar el obstáculo sin tocarle.... ¿A qué se debe este feliz acontecimiento?

Sin embargo, en nada cedía la cólera del viento, si bien el buque triunfante de tan horribles conmociones parecia dispuesto á sostener la lucha con toda la energia de un aguerrido atleta, y de cuando en cuando levantaba erguida su orgullosa cabeza.

Segun nuestro cálculo debíamos haber pasado el estrecho de Lemaire, y supuesto que nada teníamos que temer de la proximidad de la tierra, el peligro disminuía considerablemente. Tambien el cielo parecia ceder algun tanto de su furor, puesto que las nubes ya no giraban en torbellino agitadas por los opuestos vendavales.

Los nubarrones, pasando por nuestro cenit rápidos como el rayo en direccion al horizonte, se abrian alguna vez dejando descubrir un tinte azul, agradable como una sonrisa, pues manifestaba que la furia de la naturaleza estaba en el orden de los sucesos, de los cuales puede triunfar el valor ayudado de la perseverancia.

Largo tiempo duró la conmocion en los aires y en el mar, pero al fin los últimos suspiros del temporal nos dejaron tomar respiro y pudimos entregar las velas al viento. Cuanto mas grande habia sido el peligro tanto mayor fué nuestra confianza, pues de allí adelante solo tendríamos que luchar contra los embates del huracan, sin que la tierra lejana pudiera prestarle ayuda en su obra destructora.

Ansiosos de un poco de reposo dirigimos nuestro rumbo á la Patagonia, deseando hacer escala en aquella costa, que segun todas las probabilidades, habia de ofrecernos tranquilidad y algunos episodios interesantes.

Ch.

LA JUSTICIA PRIVADA.

I.

Corria la primera mitad del siglo XII, cuando atravesaba un caballero armado de punta en blanco uno de los páramos mas escuetos y solitarios de Castilla, entre los rios Arlanzon y Pisuegra. Era lo mas fuerte de la cánicula y el sol en la mitad de su curso lanzaba sus rayos sobre aquellos arenales, agostando las muestras de vegetacion que por acaso dejaron los ferrados cascos de la caballeria de uno y otro bando, para quienes aquel terreno fué lindero y teatro de acometidas é incesante pelear hasta dejarle árido y destemplado.

A pesar del calor excesivo llevaba el infanzon yelmo entero, loriga de planchuelas de acero y guarnecido el caballo con bardas de hierro, cual si estuviese á punto de sostener batalla ó hacer muestra de completo armamento: sin mas que descolgar el escudo que pendiente traia del arzon trasero y calarse la visera, aparejado se hallara á romper lanzas en una justa mas bien que aderezado para camino en tal estacion y tan pacífico lugar. Y ya que del escudo hemos hablado, no pasaremos adelante sin escribir algunas palabras de una prenda que por sí sola bastaba en ocasiones á calificar el estado, situacion y pensamiento de su dueño.

El de que vamos tratando llevaba el suyo sin otra divisa que una S enlazada en un clavo con esta leyenda alrededor:

Esclavo soy de un empeño,
Que no podré redimir
Hasta vencer ó morir.

Emblema lleno de misterio que indicaba alguna empresa de importancia y lo resuelto del comprometido en ella á darla cima, aun á costa de su vida.

A poco rato de andar entró el aventurero en sitio mas agradable por lo trillado y frondoso, halagueño y fresco á beneficio de los copudos árboles que le daban sombra protectora, amenidad al suelo y á los ojos alegría con el verde follaje de sus abundantes ramas, asilo encantador de parleras avecillas, que llenando el aire con sus no ensayados gorjeos, cantaban su felicidad dando al caminante sencilla bienvenida, escitándole á gozar los únicos bienes exentos de todo mal con que la pródiga naturaleza parece ha formado empeño en disimular que la tierra es patrimonio, en gran parte, de la perversa y altiva raza de Cain.

Sin los graves cuidados que distraian el ánimo del caballero hubiera parado mientes en lo ameno del vergel, que no era por cierto insensible á los atractivos que ofrecia; mas á no dudar su impaciencia dominó á cualquier otro sentimiento, pues en vez de solazarse pié á tierra hasta pasadas las horas del calor, detúvose un rato á examinar con la vista el terreno que pudo descubrir, y columbrando á lo lejos una empinada y maciza fortaleza, á ella volvió á enderezar su marcha sin detenerse á mas ni cuidarse de otra cosa.

Trazas llevaba de no tomar respiro hasta llegar á sus puertas, cuando de cierta enramada salióle al encuen-

tro un desenvuelto pajeillo, con el que tuvo el diálogo que dió motivo al romance siguiente:

—¿A dónde bueno camina
Cabalgando el alazán,
Puesta en la cuja la lanza
Con mesurado compás?
¿Acaso los sarracenos
Quieren la frontera entrar,
O como buen caballero
Buscando aventuras vá?
¿Sabe que se halla en las tierras
Del poderoso Beltran,
Señor de cuarenta pueblos
Y siete villas á mas,
Que ha jurado dar la muerte
Al que se atreva á dudar
Que no hay blason cual el suyo
En toda la cristiandad?—
Así atajó su camino
Cierta donoso rapáz
A don Pedro de Rivera
Muy cerca del Manzanal.
Detuvo un poco la rienda
Y cuando acabó de hablar
El aturrido muchacho,
Le dijo mohino asáz:
—Si en vez de un mancebo imberbe
Encontrara en tu lugar
Corredor ó ballestero
Con quien poder platicar,
Yo le dijera gustoso
La causa de penetrar
En las tierras de tu dueño
A guisa de pelear.
Pero es asunto muy grave
Que no habré de encomendar
Sino á digno mandadero
Segun cumple á mi solar.
Con esto vuelve al castillo
Y anuncia que va detrás
Un hidalgo castellano
Pidiendo hospitalidad.—
Calló el mozo, y de carrera
Avisó la novedad,
Para que todo se hiciese
Segun el ceremonial.

II.

Cuando llegó don Pedro á la inmediación de Rocallana, que así se llamaba la fortaleza, estaba echado el rastrollo, levantado el puente de la honda cava y entre las almenas asomado un enano que hizo señal con la bocina apenas se puso el caballero al alcance de la voz.

—¡Ah del campo! gritó el alcaide, que habia salido á la barbacana escoltado de buen golpe de saeteros, hable por su vida el encubierto, y diga quien es y lo que desea.

—Decid á vuestro señor, contestó don Pedro con la visera calada, que un hidalgo de paraje solicita departir con él por breve rato, acerca de cierto asunto de honra; para lo cual con arreglo á la ley de caballería que ambos profesamos, le demando hospitalidad hasta mañana á la hora del alba.

Quedó todo en silencio terminadas estas razones é inmóvil cada cual en su lugar respectivo hasta la vuelta del alcaide, que fué á llevar á su dueño razon de lo acontecido y volvió al punto mandando soltasen las cadenas del puente y levantáran el rastrollo para dar entrada al huésped

aventurero, que penetró con aire arrogante hasta el patio principal, donde los escuderos de don Beltran le ayudaron á descabalar, haciéndose unos cargo del recado de su corcel en tanto que otros acompañaban al caballero hasta el pie de la escalera, donde el noble castellano le dió el abrazo de bienvenida, llevándole á su diestra mano al salon de honor en medio de los principales deudos y familiares de su casa. Allí sentados únicamente don Beltran y su huésped, tomó la palabra aquel en los términos siguientes:

—Si la obligación de ser quien soy no pusiera trabas á mi curiosidad, os suplicara desde luego, antes de pasar adelante, fuérais servido de anunciar la demanda ó cuita que á vuestra merced obliga á solicitar mi persona; mas como la cortesía puede tanto en quien nació de noble sangre, no permitiré lo hagais sin haber tomado reposo y acompañádome á la mesa; despues de lo cual podremos con todo sosiego departir acerca de vuestro negocio, que importante debe ser cuando sugeto de tan esclarecidas prendas, como demostrais ser á primera vista, no puede darle término sin valerse de ayuda estraña; pero á buen punto habeis llegado, pues os juro por vida mia, que cualquiera que sea el empeño en que os halleis comprometido, he de sacaros á salvo, á pesar de cuantos traten de impedirlo; siempre que no redunde en perjuicio de mi fé, de mi rey ó de mi patria, y no estrañéis omitta el nombre de mi dama, pues nunca la conocí ni tuve lugar ni deseo de sujetarme á los caprichos de una beldad.

—Por cierto, ilustre señor, que juzgo andais desacordado en esto de no rendir párias á los encantos de la hermosura, pues siempre tuve para mí como primavera sin flores, juventud sin alegría y congoja sin esperanza, caballero falto de honesta pasión que dando fuerza á su brazo le anime en las ocasiones, consuele sus contratiempos é infunda en su pecho clemencia para con los vencidos despues de la victoria. Pero dejando aparte cuestiones que pueden causar enojo, paso á daros gracias por la benevolencia que os debo otorgando treguas á mi cansancio, para corresponder á lo que nacisteis obligado, pudiendo estar seguro agradeceré tanta cortesía abreviando lo posible el término de vuestra incertidumbre.

Acabadas estas razones, á una seña de don Beltran llenaron el aire los acordes de varios instrumentos tañidos por suficiente número de ministriles que aparejados estaban, los cuales precediendo á los escuderos y pajes, que cercaron á don Pedro en demostración de respeto, fueron acompañándole hasta la pieza del baño, donde unas esclavas agarenas se dispusieron á desarmar al recién llegado y vestarle una rozagante ropa, despues de haber refrescado sus miembros y frotádole con esencias olorosas traídas de Córdoba para semejantes ocasiones. No permitió su decoro al honrado caballero admitir un obsequio mas propio de paganos que de soldados de la cruz, aunque la costumbre autorizaba para ello, antes bien despidiendo á la compañía, él mismo se sirvió, y á vuelta de poco rato se incorporó á la servidumbre en la pieza inmediata para trasladarse á una espaciosa galería donde le aguardaba sentado á la mesa el castellano de la fortaleza.

Siguió la música á la entrada de cada nuevo manjar que se presentaba antecedido por bailarines y juglares, luciendo su habilidad alrededor de las tablas antes de colocarlo en ellas para ser examinado por cierto grave personaje que hacia la salva, pasándolo en seguida al frente de don Beltran á ordenando fuese retirado como

nocivo y perjudicial. En esto corrieron muy bien dos horas, en las cuales se atendió mas á satisfacer el apetito, sin faltar á las prácticas observadas en los castillos de gente principal, que á sostener la conversacion, ocupados como se hallaban entrambos comensales el uno con su propio pensamiento, el otro con las varias ideas que suscitaba en su mente la venida de aquel desconocido batallador á tratar con él algun asunto de consecuencia. Pero al fin situacion tan embarazosa dió remate en la forma que se dirá en el cuadro siguiente:

III.

Terminada la comida,

En la mesa colocaron
Cerca de un jarron de cobre
Dos cubiletes de estaño.

Para el señor era el uno,
Otro para el convidado,
Y el hidromiel del jarron
Para refresco de entrambos.

Apenas quedaron solos
Sirvió por su propia mano
A su huésped don Beltran,
Diciéndole mesurado:

—Hablad al fin, caballero,
Pues ¡voto al señor Santiago!
Que vuestra mucha reserva
Me va poniendo en cuidado.

Si la enemiga fortuna
Con vos dura se ha mostrado
Callad, que saber no quiero
Escaseces de un hidalgo.

Pediré al señor abad
Del monasterio cercano
Un trozo de pergamino
Y almagre bien colorado,
Para señalar con ello
Una cruz y cuatro rasgos
Que indiquen á todo el mundo
Que allí puse yo la mano.

Con lo cual mi almojarife,
Aunque judío tacaño,
Os dará sendos escudos
Y quedareis remediado.

Pero ¿reis, caballero?
Sin duda discurro en vano
Y solicitais mas bien
El apoyo de mi brazo.

Pues tampoco habrá cuestion
Ni el mas pequeño retardo
Para lucir el acero
En campo libre ó cerrado.

De mis bienes y mi espada
Es dueño el que aposentado
Conmigo parte la sal
Bajo el mismo sotechado.

Soy potente á par del rey
Y á numerosos vasallos
Doy yantar en mi caldera
Bajo mi pendon morado.

Ea, sus, hablad, amigo,
Mucho puedo, mucho alcanzo,
Mi valor pregona el moro,
Mi riqueza el desdichado.—

Aquí paró don Beltran,
Llenó de nuevo su vaso,
Bebió un sorbo y aguardó
En su silla recostado.

Entonces el caballero,

Con gentil desembarazo
Haciendo una reverencia,
Siguió el coloquio entablado.

—Mi nombre es Pedro Rivera; soy natural de una pequeña poblacion situada á la otra parte de los montes Carpetanos sobre siete colinas como la famosa Roma; diéronla nombre los árabes ó alteraron el antiguo de Mantua llamándola Magerit, del que vino á formarse el de Madrid con que se la conoce despues de conquistada por Alfonso VI de gloriosa memoria. Siguiendo el pendon de la villa acompañé á nuestro monarca en la entrada que hizo en el reino de Murcia, donde sin duda por mis pecados quedé cautivo, á pesar de lo pródigo que fui de sangre y vida. El amo que me depará la suerte era un respetable musulman largo en edad y escaso en la ventura, según lo melancólico y abatido que siempre se mostraba, apartando sin tocar los manjares cuando se los ponian delante y huyendo el trato de los muchos amigos que procuraban mitigar su pena. Mas esto no agriaba su carácter contra los infelices cristianos sujetos á su dominio, antes bien nunca se vió infiel que mejor se portase, ni servidumbre tan llevadera como á la que nos hallábamos sometidos en casa de Muley-el-Fehri.

Una tarde que yo trabajaba en sus jardines había quedado abismado en el recuerdo de mi patria; recorria con la imaginacion los sitios queridos donde se deslizó mi niñez en plácido abandono: el Manzanares con su abundante soto, la vega dilatada estendiéndose al pié de su enricada cuesta en cuya cumbre la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Almudín se alza como protectora de su reducido pueblo, y á la otra parte las fragosidades de Matalobos, Prado y Atochar con su ermita inmortalizada por el milagro de Gracian Ramirez. Con este pensamiento abandoné la tarea sin darme cuenta de lo que hacia, distraido de tal manera que llegó Muley á ponerse frente de mi, antes de que pudiese apercibirme de ello. Quise reparar lo que suponía falta grave y emprendí el trabajo con nuevo aliento, pero él deteniendo mi brazo me dirigió la palabra con voz tan dulce y melancólica cual jamás había escuchado:

—Espera un poco, nazareno; soy práctico en la desdicha y comprendo que te agobia en este momento. Pero recobra la tranquilidad; habla, que un amigo escucha tus pesares y ha de remediarlos si es posible.

—Soy esclavo, le contesté, una madre llora mi pérdida sin poder remediarla y pienso en ella y en el hogar abandonado; no me preguntes mas.

—¿Es cierto lo que dices? repuso el árabe; júralo por tu Dios y eres libre como el aire.

—Nunca mentí, sarraceno; el juramento no añade fuerza á las palabras de un caballero cristiano.

—El hombre usa de la falsia en todas condiciones, y por mi mala estrella he conocido alguno de los tuyos que blasonando de noble, practica las malas artes de un malvado.

—Sería un malsin, digno de que se le azote con las riendas de su caballo despues de rotas sus espuelas por mano del verdugo sobre un estercolero.

—La noble cólera que te agita prueba lo recto de tu pensamiento. Vuelve al lado de tu madre, disfrutad entrambos la ventura que hace tiempo me fué robada, y cuando pasados los primeros trasportes del corazon tengais espacio para recordar á este afligido viejo, dila que por consideracion á su pena te dió la libertad un amo que se hallaba en el mismo desamparo que la atormentaba.

Admirado de lo que oía no pude menos de esclamar:

—El Dios de la verdad ilumine vuestro espíritu para conocerle y darle gracias por las sentimientos piadosos de que le sois deudor.

—Tus compañeros, contestó el viejo, robaron á mi corazón la esperanza que le animaba; sentí rugir la tempestad dentro del alma amenazando el huracán de la venganza sofocar todo impulso benéfico: entonces el Señor te condujo á mi lado y quiso probar la fé de su siervo. En el silencio de la noche, escuché á manera de un soplo misterioso, susurrar cerca del oído: No deseches la ocasión de corresponder á un agravio con un acto de caridad; tienes una hija convertida en ludibrio de los cristianos, he ahí que yo te entrego el primogénito de una viuda de tus enemigos.—Sea bien venido á mis umbrales, respondí; grandes son vuestros juicios, Señor; ante ellos toda la sabiduría del hombre es necedad y orgullo; ese joven tornará en breve sin rescate á la casa de sus padres y al saberlo dirán los incircuncisos: no hay otro Dios que el Dios de Mahomet. Aprendamos con esto á reverenciar al único Autor de lo creado dejando lo demás entre sus manos.

—Pero habeis dicho que una hija vuestra ha sido mancillada por los de mi bando, y si es cierto, estoy obligado á castigar semejante baldon.

—Escucha y juzgarás. Poco antes de penetrar Alfonso en el reino de Murcia lo hicieron algunos adelantados de la frontera cuando menos podíamos esperarlo: entre los mas determinados se hallaba un poderoso castellano que llegó propagando la desolacion hasta una de mis posesiones. Este fué el que se apoderó de mi desventurada hija dando muerte á los esclavos que la guardaban. Apenas supe la desgracia propuse al rapáz caballero un cuantioso rescate por la libertad de Zoraida, que tal es el nombre de la perdida joya que lloraré para siempre: el cielo la dotó de singular hermosura y esta fué la causa de su infortunio. Su dueño se negó á todo convenio; hasta me ofreci á entregarle mi persona y bienes en cambio de su cautiva, con la que hoy huelga ocioso en tierra de Castilla, convertida en mancha suya la en otro tiempo recatada doncella que yo guardaba al par que las niñas de mis ojos.

—Por la Santa Virgen del Atochar, interrumpi al llegar aquí santiguán lome á toda prisa, os suplico, venerable anciano, que me digais quien es ese malandrín concubinario, afrenta de nuestra ley; que por el nombre que tengo ofrezco hacerle confesar sus torpes hechos y arrancar de sus brazos la experimentada dueña á quien robó el candor de la inocencia.

—¡Vanos deseos! es poderoso y se burlará de tu pretension.

—Hablas lo que no es cierto, musulmán. Has de saber que allá en Castilla, solo el rey puede librarse de acudir al emplazamiento, por causa justa, hecho con arreglo á lo prescrito en la orden de caballería, y si hubiese alguno que tal hiciera, no habria infanzon que contra él no se volviese ni pechero que le pagase feudo, ni vasallo que le prestase obediencia.

—¿Y si triunfas, volveré á disfrutar el consuelo de recordar á Zoraida?

—A tu lado vendrá dentro de poco, si salgo de la lid con vida.

—Allah bendiga tus armas, campeón de la justicia.

—Hago voto solemne de no darme por suelto de la servidumbre hasta cumplir lo prometido.

El moro desapareció con esto y yo al día siguiente em-

prendi el camino de Madrid, donde preparé lo necesario para desempeñar el solemne prometimiento hecho á mi bienhechor.

Este es el caso, don Beltran, añadió Rivera poniéndose en pié frente á frente de su huésped, vos sois el caballero fementido, hartó lo sabeis, y por en le vengo de vueñas tierras á provocaros á singular batalla hasta rendir uno la vida, cuando los dos no quedemos en el campo. Haced ahora lo que sabeis os cumple, puesto que yo respondo como debo á lo hidalgo de mi sangre.

Concluidas estas razones, volvió don Pedro á sentarse con la mayor calma mientras su contrario daba rienda suelta á su cólera, reprimida largo rato por la prudencia y solemne de las circunstancias.

—¡Hola, gente de mi castillo, de cualquier clase y condicion que sea! gritaba don Beltran con voz ahogada por el enojo, venid, pues, á ver como recibo al retador que se me ha entrado por las puertas. Aprontadle luego las mejores armas de mi arnés, si por acaso las necesita, que yo con la jacerina y cota, espada y lanza de dos hierros, sobrado tengo para castigar su audacia. Alerécese para el combate la plaza de armas de la fortaleza, donde mañana á las primeras horas he de manifestar la pujanza de mi brazo. Quiero tambien que se cite como testigos á los infanzones de la comarca, así como á los monjes del vecino monasterio para que vengan á prestar su ayuda al ánima que ha de comparecer á dar cuenta de sus hechos y rezar despues el oficio en descargo del difunto por quien se han de celebrar funerales en la capilla del panteon. ¿Oís? ¡vive Dios! ¿Qué haceis parados habiendo escuchado mi voluntad? Ea, pronto, cada cual á desempeñar su cargo, porque de no empezará la fiesta con algunos ahorcados en las almenas para ejemplo de sándios holgazanes.

Aun sin esta recomendacion se hubiera cumplido la voluntad del colérico señor, que seguro del celo de sus encargados volvió á quedar tranquilo hasta el punto de proponer á su adversario una partida de tablas, en cuyo entretenimiento oyeron la hora de la queda, que les hizo retirarse á sus respectivos dormitorios.

IV.

Bien de mañana estaba preparado el campo; los jueces en sus puestos, los atabaleros y añaliles esperando la orden de hacer señal para comenzar la lid, y las ventanas y gradas construidas durante la noche, cuajadas de inmensa concurrencia ansiosa de presenciar el espectáculo que se anunció con la celeridad del viento por todas las inmediaciones. El primero que entró en el palenque fué don Pedro, honra que le pertenecía como mantenedor, acompañado de dos padrinos y los jueces del reto, precedidos de un heraldo que llegado al centro hizo tres emplazamientos á don Beltran anunciando la causa del duelo y las condiciones del combate. Ya podemos suponer cuales fuesen. La vida del vencido quedaria á merced del vencedor, y la esclava Zoraida en poder de Rivera, caso de salir con bien en su empeño.

Abrióse al punto la barrera opuesta y salió por ella el señor del castillo asistido igualmente de sus padrinos, y rebotando de orgullo fué á golpear con el cabo de su lanza el escudo del retador colgado en un pilar, en prueba de aceptar el duelo, yendo despues de haber dado vuelta al circo á pararse frente á su contrario.

Viendo los jueces á los caballeros puestos en faz y es-

perando la señal de acometer, mandaron tocar los clarines, y entrambos lidiadores arremetieron uno contra otro á todo correr de sus caballos, encontrándose en medio del campo con tal furia y braveza, que parecia imposible quedasen hábiles para nuevos choques; mas ninguno perdió la silla, si bien cada cual hizo conocer á su enemigo lo critico de la ocasion en que se hallaba. El escudo de don Beltran fué roto por la lanza de Rivera, tocando el hierro en la fina cota y rompiendo parte de ella hasta parar en la jacerina sin causarle otro mal, y don Beltran pasó el broquel de su contrario hasta llegar la punta á la fuerte loriga, que á no serlo tanto quedara mal herido el vengador de Zoraida. Desembarazadas sus armas comenzaron los caballeros á escaramuzar con gran destreza rodeándose el uno al otro y procurando herirse sin poder conseguirlo, aunque llevando trazas de alcanzar ventaja don Beltran á causa de la mayor ligereza de su caballo, lo que visto por su adversario, se alzó sobre los estribos y con fortaleza nunca vista terció la lanza y la despidió con tal fuerza y maña, que apenas tuvo espacio el castellano de revolver la rienda y hurtar el cuerpo para evitar el golpe, pero no lo hizo tan á salvo que pudiera impedir quedase clavado el hierro en el ijar de su corcel y este se alborotase dando vueltas y corcobos impidiendo al jinete pensar en otra cosa que prevenir una caída de fatales consecuencias. Saltó en tierra para evitarla y alta la espada, embrazado el escudo, dijo ardiendo en ira:

—Ruín justador, menguado campeon, has procedido como desleal malhiriendo á mi caballo; mas ahora llevarás el pago de tu superchería.

Y fuese á don Pedro para desjarretar el suyo cuando ya Rivera le aguardaba pié á tierra apercebido á la defensa.

Cerca uno de otro los adversarios se daban tan recios y desaforados golpes que no bastaba el buen temple de las armaduras para evitar se abollasen y rompiesen, dejando espacio por donde los aceros llegasen á derramar abundante sangre, insuficiente á mitigar la saña en aquellos animosos corazones.

Una hora habria pasado cuando determinó don Beltran aventurar á un solo golpe el éxito de la batalla, y arrojando el destrozado broquel asió la espada con las dos manos, asegurando á su enemigo tan terrible cuchillada que partiéndole el escudo bajó á romper la celada hiriendo á Rivera en la cabeza, y haciéndole perder el sentido; pero recordándole antes de lo que pudiera imaginarse y avergonzado de su mal suceso, dirigió al castellano, que se preparaba de nuevo á segundar el golpe, una estocada con tal acierto que ni cota ni jacerina pudieron resistir la violencia de la espada, que penetró hasta las entrañas de don Beltran, cuyos brazos cayeron inertes soltando el acero antes de dar en tierra su desfallecido cuerpo.

Volviéron á sonar las trompetas dando por terminado el duelo, y los jueces del campo bajaron al palenque á reconocer las heridas del vencido y declarar el triunfo de su adversario, protegiéndole á despecho de todo el mundo, segun era su deber y costumbre en aquellos casos. Pero ninguna necesidad hubo de interponer su autoridad porque respetando fielmente las leyes del juicio, nadie pensó atentar contra del mantenedor, inmóvil al lado de su víctima.

En esto se hallaban cuando se oyeron á deshora penetrantes acentos mujeriles y se vió atravesar por las barreras una jóven en traje morisco, descubierta la cabeza y enloquecida por el sentimiento, á quien no pudieron, ó mas bien no se atrevieron á detener los guardas del campo, que llegando hasta el cadáver del castellano, rompió en

sollozos y amargas quejas en medio del silencio y la turbacion de los concurrentes, sobrecogidos por tan inesperado caso. Ella encarándose á lo primero con don Pedro le dirigió estas razones conservadas por la tradicion.

¡Quién te dió facultad, mal caballero,
Para cortar la flor del amor mio?
Sin duda alguna te abortó el infierno
Envidioso del bien de mi albedrío.

La cadena feliz que me oprimia
Era mi orgullo, mi pasión, mi hechizo,
Fué un tesoro de ricas ilusiones
Robado por un torpe advenedizo.

En duelo eterno y sin tener consuelo
Lloraré mi perdida servidumbre,
Maldiciendo la mano fementida
Causa de tan funesta pesadumbre.

Lloraré las caricias de mi dueño
Y su desden para mi mal perdido,
Que á un verdadero amor altera en poco
El ceño adusto de su bien querido.

Si teneis corazón y noble pecho
El cadáver dejad en mi presencia,
Dejad que muera en amoroso lazo
Unida al que me daba la existencia.

Estampe yo mi labio enardecido
En la boca que suya me llamaba,
Junte mi corazón con el que un día
Con sus mismos latidos palpitaba.

Y compañeros en el sueño eterno
Burlando los rigores de la suerte,
Envidia causará nuestra ventura
Hasta en el mismo reino de la muerte.

Al llegar aquí la enamorada Zoraida embargó su voz un parasismo que la hizo caer desvanecida: se acercaron los mas próximos á socorrerla y á costa de poco esfuerzo consiguieron tornara en su acuerdo, mas no apartarla de su perdido amante, de quien entre ahogados suspiros juraba no separarse. Quisieron arrancarla de aquel lugar, pero cuando menos podian esperar lo rápida como el pensamiento arrebató un agudo puñal del cinto de don Beltran y se le sepultó en el corazón sin muestras de sufrimiento y con la feroz tranquilidad propia de las desenfrenadas pasiones hijas de la incontinencia, estimulada por la religion sensual en cuya enseñanza educaron á la desgraciada jóven.

Cayó para no levantarse y don Pedro reclamó su cadáver para llevarlo embalsamado á su padre Muley-el-Fehri, en prueba de haber cumplido su empeño.

El viejo murió á los pocos dias de haber dado sepultura á su hija, mientras Rivera era recibido en su patria con grandes muestras de satisfaccion por el honor que la resultaba de contar entre sus naturales campeon tan esforzado y pundonoroso á la usanza de entonces. Nadie se admire de semejante modo de pensar: á tales tiempos tales costumbres; juzgar los hechos de hace setecientos años segun nuestro modo de ser actual indica falta de criterio, pues hubo cosas necesarias entonces que ahora serian una monstruosidad horrible.

Refiere por último el cronicon de donde tomamos esta leyenda, que una dama principal envidiosa de la hermosura de Zoraida, por quien don Beltran abandonó los proyectos de matrimonio que con ella tenia concertados, fué quien la dió aviso de la catástrofe de su amante, y ocasion por tanto de lo sucedido. El castigo no se hizo esperar. Agitada por crueles remordimientos pasaba los dias sin descanso